

La maestría de Huidobro

HUGO MONTES BRUNET*

¡Curiosa la educación que recibió Vicente Huidobro! Por su elevada situación social y económica, era de rigor que estudiara en el Colegio San Ignacio, de la Compañía de Jesús. Todavía a mediados del siglo actual se decía que los hijos de los conservadores iban al San Ignacio, los hijos de los liberales a los Padres Franceses, y los hijos de radicales, al Liceo Alemán. Con todas las excepciones que se quiera, el dicho tenía mucho de verdadero.

Así Vicente, el mayor de siete hermanos, descendiente de los Marqueses de Casa Real y nieto del destacado dirigente del Partido Conservador don Domingo Fernández Concha, no podía sino ir al San Ignacio, regido entonces por sacerdotes españoles tradicionales. Entre sus compañeros de curso -en general de familias adineradas y aristocráticas- cabe recordar a Miguel Fernández Solar, hermano de Teresa de los Andes, la única chilena canonizada por la Iglesia Católica. El establecimiento quedaba a una cuadra de la casa señorial de los Huidobro, en San Martín esquina de la Alameda, e impartía una instrucción severa, que era controlada, como toda la educación particular de entonces, por comisiones estatales que concurrían anualmente a examinar en todas las asignaturas.

Vicente fue alumno de rendimiento regular. Tengo a la vista el acta de un examen de gramática castellana de primer año de humanidades, 1909, en

* HUGO MONTES BRUNET. Crítico literario, profesor, poeta. Autor de numerosos libros. Rector del Colegio San Esteban, de Santiago. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

la que aparece aprobado con “tres blancas”, o sea sin distinción. El autor, con matices, reconoce: “Los dos primeros años fui estudioso y aprovechado, después me boté a flojo, con excepción de los ramos que no eran matemáticas, hasta el cuarto año de humanidades, en que volví por mis perdidos fueros”. (*Pasando y pasando, O.C.*, Andrés Bello, 1976, I, 651). No completó la educación media porque tuvo dificultades disciplinarias con la dirección del colegio y salió de éste antes de terminar el último curso. Consiguientemente, no entró a la Universidad.

Conviene tener presente que a principios de siglo el ingreso a los estudios superiores era en Chile bastante excepcional. Actividades propias de la clase social más alta, como la agricultura, la banca y la política, no exigían ningún título académico. Ello más la carencia de requisitos legales ya mencionada y el matrimonio precoz con Manuela Portales Bello, se confabularon para que el futuro poeta, que como tal ya empezaba a aflorar en pequeños libros y en algunas revistas literarias, definitivamente quedara sin estudios sistemáticos superiores.

Debemos recordar que aun en el conocimiento de idiomas extranjeros, Huidobro no fue aprovechado. En su manifiesto “*El Creacionismo*”, dice: “A fines de 1916 caía en París, en el ambiente de la revista *Sic*, yo apenas conocía la lengua...”

Resueltamente, Vicente Huidobro fue un autodidacta. Pero gracias a su avidez de conocer, a su entrega increíble a la lectura, a su amor por lo novedoso, a sus numerosos viajes y a su inteligencia privilegiada, se hizo pronto de un bagaje cultural de excepción, especialmente en el campo de las bellas artes y de manera especialísima en el de la literatura. En su primer libro -*Ecos del alma*, 1911- cita a Bécquer, Guerrini, Heine y Obligado. En *La gruta del silencio*, 1913, hay dedicatorias y epígrafes de Verlaine, Darío, Mallarmé, Evaristo Carriego, Pérez de Ayala, Herrera y Reissig, Rimbaud, Gustave Kahn, Georges Rodenbach, La Biblia, Felipe Sassone, Jacinto Benavente y otros. Al año siguiente emite juicios críticos sobre varios de los autores nombrados y sobre Menéndez Pelayo, Pedro Antonio González y Augusto Strindberg. Luego extendió su interés intelectual a la filosofía, la sicología y la medicina. En sus Manifiestos (desde 1914 hasta 1925) se refiere con soltura a Platón, Freud, Kant, Schelling, Vico, Sully Prudhomme, Rabelais, Voltaire y Ben Johnson.

Pienso que el desparpajo para opinar negativa o positivamente sobre poetas contemporáneos -mediocridad o falta de imaginación de García

Lorca, comparación de Neruda con autores de tango, negación de Gabriela Mistral... alabanzas entusiastas a Gerardo Diego y Juan Larrea, y a algunos jóvenes chilenos, como Téofilo Cid, Enrique Gómez Correa, Eduardo Anguita- tiene no poco que ver con la cierta irresponsabilidad del autodidacta; y además, por cierto, con su espíritu apasionado y con su pronta definición como poeta creacionista, que lo llevaba a aceptar a quienes coincidían con él y a rechazar al resto.

En su madurez, Huidobro ejerció una labor de maestro con los numerosos jóvenes que lo visitaban y admiraban. Puedo dar al respecto un testimonio personal de interés.

Desde fines de 1945 hasta los días del ataque cerebral que lo llevó a la muerte (2 de enero de 1948) estuve en contacto estrecho con el poeta. Lo visitaba a menudo en su residencia de Avenida Los Leones y en su fundo de Cartagena, vecino a Santiago. Me introdujo en esta amistad la hija mayor, Manuela, por entonces recién viuda de su primo hermano Jorge Irrarrázaval García Huidobro. Además de saborear buenos vinos Santa Rita y de conocer a los escritores de La Mandrágora, las tertulias permitían escuchar -esto más que hablar- al poeta. Su autoridad no discutida le permitía discurrir con absoluta seguridad acerca de los artistas europeos de la vanguardia. Picasso y Hans Arp, Juan Gris, Joan Miró y Lipchitz eran los nombres más frecuentes que salían de sus labios cuando se hablaba de la plástica. De todos ellos tenía buenos originales que se complacía en mostrar. De los poetas, claramente prefería a los franceses. Apollinaire y Max Jacob eran los más mentados. Las referencias a los españoles escaseaban y a menudo tenían un matiz negativo. Los encontraba "retóricos, sin imaginación, mediocres". A regañadientes aceptaba que Antonio Machado era poeta de verdad. Sus preferidos eran Gerardo Diego y Juan Larrea. *Rendición de espíritu*, de este último, le parecía un libro profético, de gran valor.

Las opiniones eran siempre rotundas, categóricas, poco o nada matizadas. Solía hacer preguntas como "¿no conocen a Eluard? ¿Qué han leído de Max Jacob? ¿Les gusta la música de Stravinsky?" No esperaba respuestas, sino el que sus interlocutores se inquietaran y se dieran cuenta de la necesidad de abrir los espíritus a lo distinto. No quedaba sino ponerse a leer lo hasta entonces desconocido. Era necesario revisar cuanto había parecido indiscutible. Entre sus oyentes surgían, luego, discusiones apasionadas. Se tomaba partido por lo nuevo o por lo tradicional, por la poesía francesa o por la hispánica, por Huidobro o por Neruda. Se aprendía a despreciar la mera



Vicente Huidobro con Gerardo Diego.

descripción y el realismo fotográfico y a admirar el arte creador, no figurativo.

El Huidobro visionario enseñó de esta manera a más de una generación de chilenos a conocer y valorar la poesía contemporánea y a ir con mirada crítica a las letras de la tradición. Como maestro, no fue imparcial ni ecléctico. Sus discípulos, al menos en un comienzo, tenían que ser sus seguidores, admirar cuanto él admiraba y rechazar lo que él rechazaba. Ya se ve, maestro definido y no profesor erudito y amplio de criterio. Su tarea de despertador de conciencia y de inquietador de espíritus la cumplió de manera apasionada y apasionante.

Está claro que Huidobro sentía sobre sus hombros la responsabilidad de orientar a la gente joven, de alentarla y de acercarla al arte de vanguardia, el único que le parecía válido para el presente. Le interesaba la juventud y a través de ella esperaba que la poesía chilena avanzara y se pusiera a la hora de la mejor poesía europea. Precisamente porque creyó en el arte nuevo y tuvo confianza en las personas que entonces se iniciaban en las letras, pudo ser un gran maestro.

